

## Discurso de Pablo Casado

Una visión del centroderecha del futuro de Europa

Campus FAES

18 de septiembre de 2020



Querido presidente Aznar, querida Ana, director del curso Javier Zarzalejos y amigos de FAES. Quiero empezar como hacía el presidente Aznar, recordando (porque este campus ya es una tradición de todos los años), que en esta ocasión no podemos celebrarlo de forma presencial porque estamos atravesando una pandemia terrible. Más que nunca echamos en falta poder estar en Navacerrada o en el Escorial, porque eso querría decir que no habrían muerto 50.000 personas ni se hubieran contagiado 500.000 españoles, y sobre todo, que no hubiéramos tenido esas consecuencias devastadoras en el tejido, no solo en el sanitario, sino económico y social del país.

Para mí es una satisfacción clausurar por segunda vez estas jornadas de una fundación de la que he sido patrono y colaborador varios años. Enhorabuena por la imprescindible labor que hacéis en defensa de nuestros principios y valores que necesita España y Europa más que nunca.

Y también permitirme que os agradezca que sigáis abanderando la necesaria batalla de las ideas frente a los enemigos de la libertad, y por librar la guerra cultural frente a la falsa superioridad moral de la izquierda. Después de dos años al frente del Partido Popular, me reafirmo en esa propuesta que hice cuando me presenté al Congreso Nacional, y que por desgracia considero ahora más importante que nunca en nuestro país y sigue siendo fundamental para recuperar el rumbo de nuestra Nación y para contribuir también al proyecto europeo, del que habéis tratado toda esta semana en este Campus.

Analizando esa visión del centro derecha sobre Europa, que en mi opinión esa Unión Europea es sin duda la construcción política más relevante y exitosa del último siglo, y que fue, tengo que recordarlo, en gran medida, una gran obra de la familia demócratacristiana, conservadora y liberal que acabó forjando el Partido Popular Europeo, y que tuvo mucho que ver el liderazgo del Partido Popular español.

Decir que la Unión Europea es hoy más importante que nunca para España se ha convertido ya en una verdad comúnmente aceptada. Pero también España es más importante que nunca para la Unión Europea.

No solo porque (una vez más bajo gobierno socialista) emergen las dudas sobre nuestra capacidad de cumplir con nuestros compromisos, sino porque de cómo se comporte España en esta nueva crisis, de la eficacia y lealtad con la que gestione sus obligaciones hacia sus socios, dependerán muchas cosas importantes para todos.

Si el actual Gobierno de España esperase obtener en Bruselas el éxito que no encuentra aquí para sus maniobras de distracción y sus manipulaciones grotescas, se equivocaría gravemente. Dañaría a España y pero también dañaría a Europa. Pero me temo que eso es exactamente lo que pretende.

Porque, tal y como se ha dicho alguna vez sobre nuestro país, tampoco en Europa las partes pueden sumar más que el conjunto, especialmente si alguna de las partes resta en lugar de sumar.

Por eso, creo que tiene interés dedicar estos minutos a exponer algunas ideas sobre lo que es, y lo que no es, el proyecto europeo. Sobre lo que España debe, y no debe, tratar de impulsar como pieza esencial del mismo. Y sobre lo que, en consecuencia, el Partido Popular debe hacer y no hacer.

La Unión Europea es un sistema de convivencia y de progreso. Un sistema creado sobre la amarga experiencia, no solo de la guerra, sino de lo que condujo hasta la guerra: radicalismos, populismos, nacionalismos y violencia política asociada a ellos. Y las cicatrices que quedan para siempre en las sociedades que los sufren.

Ese sistema europeo de convivencia y progreso no es neutral, sino que exige una militancia muy clara, política, económica y social. Y, por tanto, como no se trata de algo neutral, sino que tiene reglas, no todo cabe dentro de él, y no todo se puede hacer en su nombre ni justificarse apelando a él.

Hay decisiones y comportamientos que fortalecen la presencia y la relevancia de los países dentro de la Unión, y que fortalecen también a la propia Unión. Y hay decisiones y comportamientos que debilitan a los países, que les hacen perder importancia y que, incluso, los convierten en un problema para Europa. España es ejemplo de las dos cosas, según el periodo en el que pongamos el foco.

El Partido Popular tiene una brillante historia europeísta. Más allá de los tópicos y de la retórica hueca con la que la izquierda española suele encubrir sus fracasos europeos, la militancia europeísta activa del PP fue la que condujo a España a estar por primera vez en la línea de salida de un acontecimiento decisivo, como fue la creación del euro, la verdadera refundación de Europa. Ese hito ha revelado luego toda su importancia para nuestro país y para el continente, en mitad de las crisis sucesivas que hemos atravesado y en las que el Partido Popular reafirmó su compromiso con el proyecto europeo.

Hoy estamos otra vez ante una encrucijada nacional: permanecer a este club como miembros activos e importantes del proyecto europeo, o, por el contrario,

volver a convertirnos en un problema, ser irrelevantes en la toma de decisiones fundamentales y ser dependientes económica y políticamente. Nadie en Europa quiere que España fracase, nadie quiere que las cosas nos vayan mal para tener luego que ayudarnos. Y todos saben que podemos hacerlo mejor, mucho mejor.

Con lo que algunos pretenden engañarnos aquí es con la idea de convertir en éxito nacional el hecho de tener que recibir una ayuda masiva por parte de la Unión Europea. Bien está poder recibir ayuda cuando se necesita, pero los éxitos europeos de España no pueden medirse por el número de veces que recibimos ayuda de otros y por la magnitud de esa ayuda.

Tener que recibir ayuda porque no se ha saneado la situación doméstica para responder con solvencia a crisis imprevistas es un fracaso, no un éxito. Y España no tiene por qué sentirse condenada a eso recurrentemente, como si de una maldición o una deficiencia nacional se tratara.

Esa relación de dependencia y debilidad con respecto a Europa no la produce España, la produce la izquierda. Y especialmente este socialismo, el de ahora, el que voluntariamente se ha puesto en manos de radicales, separatistas y populistas. Porque realmente esa no parece la mejor compañía para impulsar con credibilidad un nuevo europeísmo español.

Conformarse con esa posición no está en los planes del Partido Popular. Y nadie puede pedirnos que lo hagamos. No soy capaz de encontrar el vínculo entre esa postura decadente y subordinada y el interés nacional de España.

El partido fundador del euro, impulsor del espacio de libertad y seguridad, dinamizador de una ampliación de importancia estratégica esencial, entre otras muchas cosas, no puede aceptar el europeísmo pasivo y de segunda fila al que el partido socialista nos vuelve a condenar.

España es más; España puede y debe hacer más; España sabe y quiere hacer mucho más que acudir a pedir ayuda después de cada fracaso socialista. Lo ha demostrado siempre que el PP le ha propuesto metas ambiciosas y caminos claros para alcanzarlas. Y eso es lo que estamos haciendo, proponer una verdadera agenda nacional que pueda movilizar todas nuestras capacidades aprovechando la ayuda europea, pero no para hacernos dependientes de ella sino para asegurarnos de que nunca más volveremos a necesitarla.

Esta es la verdadera encrucijada en la que España se encuentra hoy, y yo tengo muy claro el camino que prefiero.

Existe en el Gobierno y en sus socios un claro deseo de aprovechar la crisis y los recursos europeos para reformar la sociedad y no el Estado, para que la sociedad sea menos libre, más dependiente y para que sirva a un Estado más pesado y más poderoso. No me voy a sumar a esa apología del socialismo con motivo de la pandemia del coronavirus.

Lo que necesitamos es la reforma del Estado para que sea más ágil y más fuerte, para que pueda servir a una sociedad más libre, más justa, más activa y menos dependiente. Esto es lo que Europa necesita de nosotros a cambio de la ayuda que nos presta. Es decir, que aceleremos y profundicemos la agenda de reformas que tenemos pendiente desde hace ya demasiado tiempo, en España y también en toda Europa; y no que asumamos sin más la agenda contrarreformista que algunos pretenden imponer aprovechando el impacto de la crisis. Si renunciamos a las reformas ese impacto se hará permanente.

Las previsiones económicas que se van publicando casi a diario son terribles y no dejan lugar a dudas. La crisis del Covid no está siendo simétrica en las cifras de contagios y fallecidos, sino que se está ensañando con los gobiernos nacionales que peor la están gestionando, con el de Pedro Sánchez a la cola de todo el mundo.

Sí, digo gobiernos nacionales porque las epidemias y pandemias son de responsabilidad de los gobiernos estatales, por mucho que la coalición del PSOE y Podemos pretenda derivar su negligencia a las Comunidades Autónomas, y por mucho que aliente que la opinión pública solo ponga el foco en las que gobierna el centro derecha. La ley en España vigor mandata taxativamente al Ministerio de Sanidad el mando único en caso de pandemia, y lo que estamos viendo en esta segunda oleada es todo un ejemplo de cobardía, irresponsabilidad y deslealtad que no se ha visto en ningún país del mundo.

Pero esta crisis tampoco está siendo simétrica en sus consecuencias económicas y sociales, sino que está haciendo estragos en los países con gobiernos más incompetentes y negligentes, con el de Sánchez a la cabeza de todas las estadísticas de destrucción económica y de empleo de todo el mundo desarrollado. En solo una semana la OCDE, el FMI, Eurostat, el Banco de España y Funcas han emporado sus previsiones debido a la nefasta gestión del gobierno, que en vez de aceptar los pactos que le ofrece el Partido Popular desde hace seis meses se dedica a atacarle con un uso perverso de las instituciones del Estado.

Queridos amigos,

En el núcleo de nuestro sistema democrático está la palabra libertad, que es la palabra que nos convocó en 1978 y sobre la que se ha construido siempre la mejor experiencia política, económica y cívica de España y de toda Europa. Es preciso que esa experiencia de libertad vuelva a estar en el centro de nuestras propuestas y de nuestras actitudes, como punto de encuentro y como objetivo movilizador en este momento crítico.

La unidad que necesitamos solo puede producirse alrededor de esa libertad. La libertad que alumbra la convivencia y el progreso, que se rige por las normas y por el respeto a los demás. La libertad que une, que genera oportunidades, riqueza, estabilidad y vínculos sociales compartidos, no la pulsión identitaria que exhibida como coartada secesionista fractura y arruina a una comunidad. La libertad que encabeza y guía el proyecto europeo. La libertad que hemos disfrutado y que podemos empezar a perder si no entendemos lo que realmente ocurre y no asumimos nuestra responsabilidad.

Hoy, Europa necesita convertirse en un verdadero actor global, y necesita que España sume esfuerzos y evite ser un lastre para el proyecto común. Y eso pasa por entender que sólo cuando un país dispone de un Gobierno coherente con lo que Europa reclama, sólo cuando se siente seguro de sí mismo y cuando sus instituciones actúan al servicio del interés de todos, solo entonces es posible proyectar hacia el exterior esa misma coherencia, esa misma seguridad y ese mismo sentido institucional. Solo entonces será posible que España se reencuentre con su mejor vocación europea.

Hoy, igual que en el momento de su creación, se encuentran frente al sistema de convivencia europeo todos aquellos proyectos que desafían sus fundamentos políticos y morales. Esos fundamentos son conocidos desde el principio y se han ido reiterando a lo largo de su historia: democracia liberal, economía de mercado, imperio de la ley, pluralismo político y social, separación de poderes, modelo avanzado de bienestar, fortalecimiento de un proyecto nacional como parte de una sociedad europea común.

Pero nuestro Gobierno está en otra cosa. Y por eso pretende hacer creer que busca acuerdos europeístas con el Partido Popular mientras desarrolla acuerdos antieuropeístas con sus socios reales. Desprecia las propuestas de acuerdo que yo mismo le he hecho en numerosas ocasiones, una verdadera agenda nacional en la senda europeísta, porque sigue activa su actual agenda política de

confrontación y polarización. Así no se puede unir a toda una sociedad alrededor de un objetivo común.

No se puede decir que se negocia un proyecto económico bueno para Europa, mientras se negocia un proyecto de destrucción para España. No se puede apelar a la generosidad de los partidos europeístas mientras se pacta con los que piden la demolición de los fundamentos legales, morales e históricos en los que se asienta España y su papel en Europa.

Esta es la contradicción en la que se encuentra el Gobierno, una contradicción que nos aparta del núcleo europeo y nos devuelve a la irrelevancia.

La Unión Europea no es un club neutral, sino que exige el cumplimiento de normas y se reserva el derecho de admisión a socios indeseables, como los viejos fantasmas que asolaron el continente el siglo pasado: el populismo y los nacionalismos radicales.

La construcción europea fue un acto de reconciliación de un continente trágicamente enfrentado. Por eso sus tratados siguen fijando como objetivo último, al que todo lo demás sirve de manera instrumental, asegurar la paz y la libertad.

No hace falta ser especialista en historia europea para entender lo que significó aquel primer paso de 1951 en la tarea de instaurar la concordia entre europeos. El espíritu que alentó la creación de las primeras Comunidades Europeas es el mismo que alentó nuestra reconciliación nacional alrededor de la Constitución de 1978. De hecho, nos ayudó y nos guio. Fue nuestro mejor ejemplo.

Por eso se puede establecer un vínculo estrecho entre la Constitución de 1978 y el europeísmo, por eso nuestra Transición es europeísta y por eso nuestra democracia es europeísta. Y por eso cualquier ataque a aquel espíritu y a su resultado práctico es un ataque al europeísmo.

La Unión Europea nació en frontal oposición a los grupos e ideologías que han impulsado este intento de demolición de nuestra mejor obra colectiva, que son los mismos que se encuentran en conflicto abierto con el proyecto europeo y de los que depende hoy el Gobierno de España porque los ha elegido, voluntaria y libremente, como socios la persona que lo encabeza.

El sólido consenso europeísta español discurrió en paralelo al consenso constituyente, y la reciente ruptura del consenso europeísta y del consenso constitucional han discurrido también en paralelo.

Lo que pretenden es crear el escenario para poder rechazar como injustas e impuestas las obligaciones derivadas de nuestra Constitución y de nuestros compromisos europeos.

Hay una evidente trampa en la actual posición del Gobierno de España cuando reclama del Partido Popular voluntad de acuerdo, porque hay una trampa que no es un simple juego de política nacional, sino mucho más que eso. Porque el Gobierno sabe que esa voluntad existe por parte del PP, y Europa también lo sabe. Lo que ocurre es que esa voluntad debe ser para reforzar el sistema institucional, no para debilitarlo.

Europa es valor y coraje para alcanzar los acuerdos que son coherentes con sus principios, pero Europa es también valor y coraje para rechazar los acuerdos que la debilitarían o que incluso la destruirían.

En una magnífica biografía de Konrad Adenauer, publicada por esta Fundación FAES, se ejemplifica muy bien la importancia capital que la claridad moral de este principio ha tenido para Europa en numerosas ocasiones. La tuvo, por ejemplo, el hecho de resistirse a canjear el alma democrática de la Alemania Federal por una reunificación tutelada por la Unión Soviética.

Por nuestra parte, llevamos dos años ofreciendo al Partido Socialista pactos de Estado al margen de sus socios comunistas, independentistas y batasunos, en las cuestiones que no solo preocupan a los españoles sino también a nuestros socios europeos. Para crear empleo, para hacer sostenible el estado del bienestar, para mejorar el sistema educativo, para fortalecer nuestra unidad nacional y andamiaje institucional y, por tanto, nuestra proyección internacional, libertad y prosperidad.

También hemos tendido la mano en la negociación de los fondos de ayuda europeos, más que nada porque fueron propuestos por el Partido Popular y defendidos por nuestras compañeras Merkel, Von Der Leyen y Lagarde. Y el tiempo nos ha ido dando la razón:

La pasada semana la Comisión Europea publicaba que no eran necesarios los Presupuestos Generales del Estado para la obtención de los fondos, desmintiendo la campaña de presión al PP mientras los negociaba con

separatistas y batasunos, sin dar a conocer una sola cifra ni una sola fecha a los demás, más allá de amenazas de subidas de impuestos y de recortes de pensiones y salarios públicos.

Y además ayer mismo, también, la Comisión publicó una guía para la elaboración de los planes de recuperación y resiliencia, estableciendo que deben incorporar las reformas de las recomendaciones semestrales de los últimos dos años.

Estos planes, junto con el Plan nacional de reformas, y la creación de un organismo independiente para la gestión de los fondos es justo lo que le ofrecí acordar a Pedro Sánchez hace dos semanas en La Moncloa. Pero lejos de lo que le conviene a España y a Europa, a él solo le mueve la propaganda y el intento de acabar con la alternativa política. Que abandone toda esperanza.

Queridos amigos,

Soy un político continuador del espíritu democrático de 1978 porque además ese es el mismo espíritu que impulsa el proyecto europeo. Haré todo lo que esté en mi mano para fortalecerlos a los dos, y no haré nada que los pueda debilitar.

Un Gobierno que debe gestionar una de las crisis más graves de nuestra historia, cuya salida pasa indiscutiblemente por un europeísmo sincero y transparente hacia dentro y hacia fuera, no puede estar por voluntad propia -insisto, por voluntad propia-, en dependencia directa de una colección completa de representantes del más genuino antieuropeísmo: populismos, nacionalismos y radicalismos, ninguna de cuyas referencias políticas explícitas cumpliría ni de lejos con los Criterios de Copenhague aplicables a los candidatos a la adhesión.

Dicho con más claridad: no es deseable que el más intenso y sincero ejercicio de europeísmo activo que se ha demandado nunca de España sea ejecutado por un Gobierno que depende de la más activa y peligrosa alianza de antieuropeístas de la que haya dependido nunca un Gobierno europeo en la historia reciente del continente.

Esa alianza promueve un proceso secesionista declarado ya por las instituciones europeas no como solo ilegal sino como incompatible con el fundamento mismo de la Unión; explicita apologías de dictaduras y teocracias como el chavismo venezolano y el régimen iraní; convalida procesos de exterminio físico y de exilio forzoso de rivales políticos, como el terrorismo etarra; desafía frontalmente los principios políticos y económicos de la Unión y, en suma, pretende conducir a España a un proceso de balcanización, tal y como pidió literalmente el actual

presidente de la Generalitat, que espero, por cierto, sea pronto removido de su cargo gracias a una demanda del Partido Popular. Todo esto, es inaceptable legal y moralmente, y debería ser también ridículo cuando se trata de atacar a una de las naciones más antiguas e importantes de la historia de Occidente.

Yo creo sinceramente que estas son las coordenadas en las que debe desenvolverse la tarea europea del Partido Popular y del conjunto del centroderecha. Debemos ser conscientes del desafío nacional y de la trascendencia europea del mismo.

Debemos entender que no se puede crear riqueza y empleo para un país mientras se intenta destruir ese país.

El “coste de la no España”, como el coste de la no Europa, se mide también en desempleo, familias quebradas, oportunidades perdidas, jóvenes sin esperanza, proyectos de vida frustrados, desigualdad y pobreza.

Debemos liderar la unión de la gran mayoría de españoles para tomar parte en un proceso destinado a fortalecer la libertad de todos, el progreso y la igualdad responsable y efectiva. Y debemos hacer de ese fortalecimiento la base de un nuevo momento de reafirmación nacional dentro del proyecto europeo. Buena parte de nuestro futuro se juega en nuestra capacidad para poner en marcha un constitucionalismo y un europeísmo anchos y no dogmáticos ni excluyentes, pero militantes, responsables y comprometidos con una agenda de reformas profunda e intensa.

El trabajo de la política es hacer posible la convivencia y el progreso de quienes comparten el territorio, pero no las ideas. La Constitución española y la Unión Europea son las mejores herramientas para conseguirlo. Esta es mi visión del presente y del futuro de España y de Europa, la que a mi juicio, encaja con un centroderecha que ha sido fundador e impulsor de las mejores experiencias de libertad y de progreso de nuestro continente y que debe actuar con la energía, con la decisión y con el orgullo que esas credenciales merecen.

Muchas gracias.